

Kant y Davidson sobre escepticismo

JESÚS ANTONIO COLL MÁRMOL

Resumen: En este texto intentaré evaluar las consecuencias que podemos extraer de los argumentos que KANT y DAVIDSON han desarrollado contra el ESCEPTICISMO FILOSÓFICO. La tesis que se mantendrá será la similitud de ambos planteamientos en la lucha contra el escéptico, no sólo en la forma que adoptan, sino en las posibles consecuencias que se pueden extraer de los mismos. Siguiendo la lectura que hace STROUD de los argumentos de ambos autores, se defenderá que quizá la estrategia más prometedora que encontramos en dichos argumentos sea la disolución de la posición escéptica debido a que asume elementos filosóficos que no le está permitido asumir.

Abstract: This paper is an evaluation of the implications of KANT and DAVIDSON's arguments against PHILOSOPHICAL SCEPTICISM. It argues that both arguments are similar, not only in their structure, but also in their outcome. The paper follows STROUD's reading of Kantian and Davidsonian arguments and defends that their most promising anti-sceptic strategy is the dissolution of the sceptical position by showing its commitments to some philosophical assumptions incompatible with the sceptic al doubt itself.

Una de las formas en las que se puede describir la teoría del conocimiento de Kant es como una respuesta al escepticismo filosófico. Para Kant es todavía un escándalo en filosofía que se acepte la existencia de objetos externos meramente como una cuestión de fe y uno de sus propósitos es precisamente restaurar, a través de una correcta doctrina filosófica, nuestro hablar cotidiano de objetos. La conocida respuesta kantiana a este problema es intentar derrocar la idea de que nuestro conocimiento del mundo externo sea inferencial y, para ello, en su *Refutación del idealismo*¹, critica la concepción de la mente cartesiana según la cual sólo conocemos en sentido estricto nuestros propios contenidos mentales, que se muestran independientes del mundo externo y que tiene como consecuencia que podrían existir sin su existencia. La solución antiescéptica de Kant consistirá precisamente en argüir contra la idea de que nuestras creencias, en especial las que hacen referencia al sujeto pensante y sus estados, puedan ser exactamente las mismas de las que son incluso si careciéramos de conocimiento sobre un mundo externo.

De tener éxito en su estudio de las condiciones del pensamiento, Kant nos habría enseñado el camino hacia lo que podría ser una desarticulación definitiva del escepticismo: si un estudio de las

Fecha de recepción: 29 abril 2004. Fecha de aceptación: 2 julio 2004.

Correo electrónico: jesuscoll@vodafone.es

1 *Crítica a la razón pura*, Alfguara, Madrid, 1978.

condiciones del pensamiento mostrara que nuestro conocimiento y acceso a los elementos que la descripción cartesiana o humeana toman como subjetivos es imposible sin presuponer el conocimiento de algo exterior al propio sujeto pensante, entonces el escepticismo con respecto al mundo externo quedaría disuelto.

La posición de Davidson hacia Kant es, en la mayoría de sus pronunciamientos, crítica². Le acusa de caer de lleno en lo que Davidson llama el *tercer dogma del empirismo*, esto es, el dualismo de esquema-contenido. La idea kantiana de que la mente organiza un material dado por la experiencia que a su vez se debe a una causa que existe fuera de ella pero de la que no podemos hablar por encontrarse más allá de los límites de nuestro conocimiento es una idea que recorre buena parte de la epistemología de los dos últimos siglos y que ha originado doctrinas epistemológicas insostenibles como el relativismo conceptual. Davidson ha criticado en varios lugares esas ideas y podríamos calificarlo en ese aspecto como un filósofo de claro corte antikantiano.

Sin embargo, si examinamos más de cerca su epistemología, más concretamente sus argumentos antiescépticos, nos encontramos con que la estrategia davidsoniana es una estrategia claramente kantiana: su propósito es demostrar que nuestras creencias no serían, tal como suponen los filósofos escépticos, las mismas que poseemos ahora si no hubiera un mundo externo que contribuyera decisivamente en la constitución del contenido de esas creencias. Dicho de otro modo: un examen a las condiciones del pensamiento hace que el escepticismo filosófico sea insostenible. Barry Stroud, en un reciente artículo³, ha señalado esta similitud entre ambos autores, haciendo especial hincapié en que esta semejanza también puede llevar a la estrategia davidsoniana a los mismos problemas que encontró la kantiana. Según este autor, Kant habría argüido correctamente que la posición desde la que formula su posición el escéptico es insostenible pues choca contra las condiciones de posibilidad de la propia autoconsciencia. Sin embargo, este resultado no llevó a Kant a abandonar la tarea de elaborar una teoría del conocimiento positiva, una teoría que afirma que la concepción del mundo que nos ofrece la ciencia es esencialmente correcta⁴. Para Barry Stroud esto es simplemente un error: la expulsión del escéptico supone que no podemos recuperar, ni siquiera para bien, su pregunta y su proyecto, fundamentalmente porque la posibilidad de que todas nuestras creencias sean falsas es algo que, para este autor, nunca podrá ser demostrado. Según Stroud, si los argumentos de Davidson están encaminados a algo más que a señalar la incoherencia de la pregunta escéptica podrán ser condenados con los mismos cargos que los kantianos.

Tres variedades de conocimiento

Davidson se ha enfrentado al problema del escepticismo con respecto al mundo externo en varios de sus artículos⁵. Su tesis fundamental es, como veremos, que la idea de un fallo masivo en un

2 Véase, por ejemplo, su artículo «On the very idea of a Conceptual Scheme» compilado en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Clarendon Press, Oxford, 1984. Hay traducción al castellano: «Sobre la idea misma de un esquema conceptual», en *De la verdad y la interpretación*, Gedisa, Barcelona, 1990.

3 «Radical Interpretation and Philosophical Scepticism» en L.E. Hahn, ed., *The Philosophy of Donald Davidson*, Illinois, Open Court Publishing, 1999, págs. 139-161.

4 B. Stroud examina de una forma más amplia el proyecto epistemológico kantiano en su libro *The Significance of Philosophical Scepticism*, OUP, Oxford 1984, Cap. 4. Hay traducción al castellano: *El escepticismo filosófico y su significación*, FCE, México, 1991.

5 Véase, por ejemplo, «A Coherence Theory of Truth and Knowledge», en E. Lepore, ed., *Truth and Interpretation: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*, Blackwell, Oxford, 1986. Hay traducción al castellano: «Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia» en *Mente, mundo y acción*, Paidós, Barcelona, 1992.

cuerpo de creencias es ininteligible, pues haría imposible el proyecto de interpretación radical. Aunque como he dicho ha argüido a favor de esta tesis en varios lugares, es en su artículo «Tres variedades de conocimiento» el ensayo con un más claro corte kantiano⁶. En él va a intentar mostrar cómo se relacionan tres formas de conocimiento que suponen tres formas distintas de acceso a la realidad: nuestro conocimiento del mundo externo, nuestro conocimiento de la propia mente y el conocimiento de otras mentes. La intención de nuestro autor no es sólo mostrar cómo estos tres tipos de conocimiento se relacionan entre sí y cómo son irreducibles unos a otros, sino argüir contra la prioridad epistémica del conocimiento de la primera persona frente a los otros dos tipos de conocimiento.

El objetivo de Davidson es importante porque si se consiguiera demostrar que estos conocimientos son irreducibles unos a otros estaríamos negando el supuesto básico en el que tradicionalmente se ha apoyado el escepticismo: la idea de que nuestras creencias podrían ser exactamente las mismas que son ahora incluso aunque careciéramos de conocimiento del mundo externo o de otras mentes. Según Davidson, la idea fundamental que está en la base de esta concepción consiste en pensar que el abismo abierto entre el vocabulario del mundo externo y el de lo mental es insalvable en ambas direcciones: desde el conocimiento de los propios estados mentales resulta imposible derivar la existencia de un mundo externo y, aunque la posibilidad que se contempla implique tal conocimiento, por mucha información que podamos tener del mundo externo resulta imposible deducir desde ella conocimiento alguno de lo que ocurre en una mente distinta de la mía. Tenemos así formulado el problema escéptico tradicional que caracteriza la filosofía moderna y que tiene como consecuencia que lo único que podamos conocer en sentido estricto sea los contenidos de la propia mente, quedando nuestro juicio suspendido respecto al resto de conocimientos.

Davidson intentará mostrar la irreducibilidad de estas tres formas de conocimiento analizando el proceso de interpretación radical. Davidson utiliza este caso para examinar qué es necesario para que haya comunicación. Se podría argumentar que suponer este caso ya es suponer demasiado, ya que se supone la existencia de otras personas y la posibilidad de que éstas se comuniquen entre sí. No se trata sin embargo de una petición de principio por parte de nuestro autor. Para Davidson el pensamiento requiere necesariamente del lenguaje y el lenguaje sólo es posible cuando existe una comunidad de hablantes, se trata de un hecho social. Davidson acepta la crítica wittgensteniana a la posibilidad misma de un lenguaje privado y podríamos decir que la lleva aún más lejos: no sólo no puede existir un lenguaje privado en el sentido que lo hable una única persona, sino que no puede haber un lenguaje privado en el sentido que sea esencialmente intraducible a otro lenguaje, esencialmente opaco a los ojos de un interprete. Podríamos decir haciendo un paralelismo con Berkeley que ser (lenguaje) es ser interpretado.

Un estudio del proceso de interpretación radical pondrá de manifiesto qué es necesario para que la comunicación sea posible. En este proceso carecemos radicalmente de información acerca de lo que significan las palabras del hablante y de cuál es el contenido de sus creencias. La única información que legítimamente podemos usar en este proceso es la de saber cuándo un hablante considera verdadera o falsa una oración. Ante tal carestía de información, ¿cómo entrar en las creencias y significados de la persona interpretada? El principio clave que nos lleva a entrar como intérpretes en las palabras y creencias de otra persona es el así llamado principio de caridad. Este principio nos lleva

6 «Three Varieties of Knowledge» in A. Phillips Griffith ed. *A.J. Ayer Memorial Essays: Royal Institute for Philosophy Supplement 30*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 153-166. Hay traducción al castellano: «Tres variedades de conocimiento» en *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*, Cátedra, Madrid, 2003.

a atribuirle *a priori* a la persona en cuestión un cierto grado de consistencia lógica por un lado y por otro lado una visión mayormente correcta del mundo. Este último principio nos lleva a interpretar a la persona en cuestión cómo si respondiera a los mismos rasgos del mundo a los que nosotros responderíamos si estuviéramos en circunstancias similares. Sin estos principios sería imposible penetrar en los pensamientos del hablante y no se podría establecer lo que Davidson llama *triángulo comunicativo*. La comunicación se produce cuando se completa un triángulo entre el intérprete, el hablante y el mundo, cuando tanto intérprete como hablante convergen en individualizar rasgos comunes del mundo. Es entonces cuando se produce el fenómeno de la comunicación. Esto implica que hemos de atribuir a los otros, en tanto que sujetos de lenguaje y al menos en lo que se refiere a sus creencias perceptivas más básicas, una visión correcta, bajo nuestro propio punto de vista, del mundo.

Si sólo en el ámbito de la comunicación puede haber lenguaje y creencias y si para que ésta se produzca es necesaria la triangulación de la que hemos hablado con anterioridad, entonces está claro que no podemos prescindir de ninguna de las tres formas de conocimiento del mundo. La base del triángulo presupone el conocimiento interpersonal: sólo seres que puedan conocer otras mentes, que puedan descifrar las creencias de otros seres racionales hacen posible la existencia del triángulo comunicativo. De este modo, nuestro conocimiento del mundo externo es dependiente de nuestra pertenencia a lo que podríamos denominar una comunidad de mentes. Sin embargo, nuestro conocimiento de otras mentes es a su vez dependiente del conocimiento del mundo externo, pues no podríamos penetrar en los pensamientos de otros si no compartiéramos un mundo objetivo con ellos, un mundo que dotara de contenido, en los casos más simples (las creencias perceptivas), a los pensamientos de otros. De este modo podemos afirmar que nuestro conocimiento intersubjetivo y objetivo son mutuamente interdependientes.

¿Qué lugar queda para la pretendida prioridad epistémica del conocimiento subjetivo que recorre la filosofía desde su periodo moderno? Habría que decir que ninguno. El conocimiento de la propia mente es dependiente de la comunicación: no hay contenidos proposicionales sin ella. Esto implica que conocer nuestra propia mente depende tanto de nuestro conocimiento del mundo externo como del conocimiento de las otras mentes. Es cierto que nuestro conocimiento de nuestra propia mente es interdependiente del conocimiento de otras mentes (no podría atribuir a otros estados mentales si no fuera capaz de atribuírmelos a mí mismo), pero esto no implica la prioridad del elemento subjetivo de nuestro conocimiento. En cualquier caso, la tesis de que mis estados mentales podrían ser exactamente los mismos que son aunque no hubiera un mundo exterior u otras mentes con las que comunicarme se revela simplemente como espuria.

La disolución del escepticismo

Hemos visto que el estudio de la naturaleza de la interpretación radical rechaza el escepticismo al menos en dos de sus aspectos más importantes. Sin la existencia de un mundo común que dote de contenido a nuestras creencias perceptivas más básicas y de significado a los aspectos más básicos del lenguaje no habría comunicación y el escéptico ni siquiera podría plantear su problema. De igual modo, la naturaleza de la comunicación garantiza tanto que podamos conocer las mentes de los demás como los demás las nuestras. La pregunta ahora sería: ¿qué conclusión deberíamos sacar exactamente desde esta argumentación davidsoniana? ¿En qué medida supone una solución al problema escéptico? Según Barry Stroud, cabe encontrar en el mismo Davidson dos lecturas distintas acerca de las consecuencias que conlleva su argumentación. La primera —que este autor denomina

fuerte— implicaría que su argumentación conlleva una refutación directa contra el escepticismo, esto es, que poseemos un conocimiento correcto en líneas generales acerca de cómo es el mundo. Cuando Davidson nos dice que la creencia es por naturaleza verídica estaría defendiendo esta opción. Barry Stroud nos dice que si ésta es la consecuencia de la argumentación de Davidson, simplemente hay un *non sequitur*. De la argumentación davidsoniana no se sigue que tengamos conocimiento del mundo externo, que sepamos que nuestras creencias son *de hecho* verdaderas, sino sólo que es necesario atribuir creencias verdaderas, desde el punto de vista del intérprete, para que pueda existir comunicación. Aparte del problema de saber exactamente qué significa que la mayoría de nuestras creencias sean verdaderas dado que poseemos infinitas de ellas, del hecho de que necesitemos seguir el rastro de la verdad en la mayoría de las creencias de otro para poder interpretarle no se sigue que tengamos conocimiento del mundo, mucho menos que la creencia sea por naturaleza verídica, tal como afirma Davidson. Para Stroud, la posibilidad de que todas nuestras creencias sean falsas es algo irrefutable que viene dado por el abismo existente en creer que algo es verdadero y el hecho de que realmente lo sea, y ningún argumento puede negar esto como posibilidad.

La crítica de Stroud no acaba ahí. Para este autor, incluso concediendo que la creencia sea por naturaleza verídica, aún haría falta algo más para que de ahí se dedujera una refutación del escepticismo. Del hecho de que mis creencias sean mayormente verdaderas no se sigue que haya conocimiento, que tenga buenas razones para sostenerlas. Así, esta lectura fuerte no haría el trabajo para el que supuestamente estaba diseñada.

Sin embargo, cabe hacer otra lectura de los argumentos davidsonianos, lectura que apoya abiertamente Stroud y que podríamos calificar como «débil»⁷. Esta lectura no concluiría con la afirmación de que tenemos conocimiento, en el sentido contrario al afirmado por el escéptico. En esta interpretación lo que harían los argumentos de Davidson sería bloquear la salida al ruedo filosófico del escepticismo. Al establecer las condiciones de posibilidad del pensamiento en su teoría de la interpretación radical, Davidson niega las condiciones mismas de posibilidad de la pregunta escéptica: esto es, que pueda tener las creencias que tengo y usar el lenguaje como lo hago sin conocimiento de otras mentes o de un mundo externo común y objetivo. El escéptico intenta ocupar una posición separada en la que evaluar todo nuestro conocimiento en la que nos pide que consideremos como posible que tengamos todas las creencias que tenemos y que fueran todas falsas al unísono. La argumentación de Davidson en la lectura que hace de ella Stroud va en contra de la posibilidad misma de la pregunta escéptica, ya que es algo que simplemente no podemos considerar. Aunque no implique contradicción la posibilidad de la que parte el escéptico (que todas mis creencias puedan ser falsas), ésta es una posibilidad que yo no puedo considerar nunca, pues la teoría de la interpretación radical tiene como consecuencia que no puedo atribuir un conjunto de creencias a nadie, ni siquiera a mí mismo, y al mismo tiempo considerar que éstas son mayoritariamente falsas. Lo que los argumentos de Davidson nos mostrarían con su teoría de la interpretación radical es que tal *separación* de nuestras creencias no es en modo alguno posible. No se trata para Stroud de que ahora sean de hecho todas verdaderas como afirmaba la primera lectura, de que hayamos refutado el escepticismo: sólo hemos disuelto el problema.

7 Davidson reconoce que se pueden encontrar en su obra las dos lecturas de las que habla Stroud, aunque considera que éstas no tienen por qué ser incompatibles. Davidson acepta la consideración de Stroud de que es lógicamente posible que todo un cuerpo de creencias pueda ser falso, pero considera que la reflexión sobre la posibilidad misma de que nuestras creencias perceptivas tengan contenido nos lleva a considerar a éstas como esencialmente correctas. Véase la réplica de Davidson a Stroud en L.E. Hahn, ed., *The Philosophy of Donald Davidson*, Illinois, Open Court Publishing, 1999, págs. 162-165.

¿Qué lección aprenderíamos de las consideraciones acerca del escepticismo que hace Stroud desde Kant y Davidson? Sencillamente que si dejamos que el escéptico plantee su pregunta epistemológica, entonces él es el único vencedor posible del juego. La cuestión sería no tanto refutar al escepticismo, sino disolver las condiciones en las que éste puede formular su posición. La única forma de vencerle es negarle las condiciones que necesita para plantear su pregunta: la prioridad epistémica del conocimiento de la primera persona sobre el conocimiento de otras mentes y del mundo externo y la idea de que podamos adoptar una posición separada, *externa* a nuestro cuerpo de creencias. El punto importante que podemos aprender de Kant y Davidson acerca del escepticismo sería que el estudio de las condiciones de posibilidad del pensamiento nos lleva a rechazar los fundamentos en los que descansa la pregunta escéptica. El problema escéptico no estaría entonces resuelto sino, simplemente, disuelto.